

## El imán y las limaduras

Si se intenta ordenar con las manos un montón de limaduras de hierro, para disponerlas en una figura determinada, el resultado Siempre es un fracaso: las limaduras se resisten, inertes; apenas ordenadas, se desordenan; se desparra- man por la superficie, las figuras iniciadas se borran el menor viento, la más leve agitación las esparcen]y-destruyen lo que se había creído hacer.

Basta con poner debajo un imán para que automáticamente las limaduras respondan a su atracción. Vienen a ocupar, dóciles, su puesto; se mantienen unidas; se disponen en la configuración deseada, aquella a que el imán las llama y convoca. Y esa atracción es capaz de mantener la coherencia, sin presión, sin opresión, movilizandó en respuesta la atracción de las partículas. La figura conseguida resiste, y si por azar algún factor externo la perturba, se rehace, se reconstituye sin esfuerzo.

Esto, tan elemental que casi da vergüenza explicarlo, se olvida cuando se trata de política. La razón, si se mira bien, es muy profunda. Llevamos mucho tiempo de pensamiento inerte, mecánico, automático -con otras palabras, de falta de pensamiento-. Todo se reduce a cosas, hechos, datos, elementos. De ahí el predominio de la estadística y de la «organización». Se intenta operar con lo humano como si se tratase de adoquines. Por eso se cree que se puede predecir lo que va a pasar, porque se elimina la libertad humana. A lo sumo, se cree en la respuesta a los *estímulos* -reduciendo al hombre a lo biológico, y ni siquiera a lo biológico *humano*-, que se planifican cuantitativamente. Se confía en las «organizaciones», por ejemplo, de los partidos: comités, organigramas, asambleas, secciones Sociales, provinciales, regionales', nacionales. Se da por seguro que una buena organización da la victoria electoral, y se supone, aunque con un poco menos de seguridad, que consigue el éxito de una política. Los que no tienen «organización» se consideran perdidos, y por supuesto así los ven los demás.

No voy a negar que la organización sea necesaria y de alguna eficacia; al fin y al cabo, hay un resto de mecanismo en el hombre, y sobre todo en la vida colectiva -que es io humano mineralizado, decía Ortega-, Pero ¿es la política asunto de vida colectiva? Parece dudoso. Claro que el destino de la política es el gobierno de las sociedades, de los países, y su finalidad se refiere a la vida social. Pero adviértase que durante la mayor parte de la historia no ha habido *política*

en el sentido que hoy darnos a esta palabra. *La política, cuando la hay, consiste en la apelación a los homares individuales, para que construyan una forma de sociedad.* Por eso no hay política totalitaria -es una contradicción en los términos-.

La política, en suma, es el asunto *personal*. Y las personas no «reaccionan» a «estímulos» -como se reacciona, mediante un reflejo, a un gesto amenazador ante nuestros ojos o a las Cosquillas, recursos predilectos de unos u otros partidos-, sino que inician actos en vista de las circunstancias, de las posibilidades ofrecidas, de sus propias preferencias, de la afinidad que con ellas tengan las propuestas. Y, todavía más, el político es el que tiene el arte de *despertar los deseos* del pueblo, quiero decir de los hombres y mujeres que lo componen, de manifestar, interpretar, hacer relucir lo que constituye la secreta vocación de una parte de la nación.

Eso es lo que hace el imán. Y cuando esta atracción -que entre personas suele llamarse atractivo- se ejerce, las parcelas integrantes de un país *se ordenan*, se organizan, *responden*, no son manipuladas, como con los dedos.

Se dirá que da lo mismo, que también el imán ejerce una manipulación o manejo, que tanto da disponer la forma de un país con las manos o con el imán, con la organización o con el atractivo. Se dirá, pero no se dirá bien. Supongamos que las limaduras no son de hierro, sino de plomo; o que son granos de arena o migas de pan. El imán no sirve para nada, resulta impotente. ¿Por qué? Porque las partículas son | inertes, neutras respecto a la atracción magnética. Son pasivas, no oponen más que la resistencia de su inercia. Es decir, que *el imán cuenta con las limaduras*, deriva su poder de su respuesta.

Por esto me parece el símbolo adecuado de la política civilizada, de aquella que en lugar de dar opio al pueblo lo despierta, le pide que resista, que no se deje manipular, que acude personalmente, libremente, a una llamada; que sea él quien se gobierne, orientado por esa convocatoria programática, incitante, atractiva.

Yo quisiera renovar en los españoles -y en los demás pueblos de este mundo nuestro, tan manejado, tan zarandeado, tan dispuesto a la pasividad- la conciencia de que el hombre es libre aunque no quiera, de que en su vida entera tiene que *elegir*, preferir, postergar o rechazar. Lo curioso es que esto, tan evidente, se olvida *cuando se trata de elecciones*. Hay muchos que creen que «ya se sabe» lo que va a pasar en España el 28 de octubre de 1982. No lo sabe nadie, porque ese día cada uno de los electores va a hacer lo que quiera, lo que quiera en ese momento preciso. Lo que sucede es que, al decir lo que va a pasar, se convence a muchos de que ya está decidido, de que no hay nada que hacer, como cuando se anuncia un eclipse, y entonces estos hombres y mujeres *renuncian a elegir*. Unos, porque votan, no lo que quieren, sino lo que les han dicho que va a triunfar; otros, mas consecuentes, se quedan en casa, se abstienen de votar, puesto que «ya se sabe» cuál va a ser el resultado.

Naturalmente, esto destruye la política democrática. A la pregunta ¿qué va a pasar? no hay más respuesta democrática que una: *lo que yo quiera*. Y ese

querer se orienta, se encauza, se configura según las líneas de atracción de un imán al cual, por afinidad humana, personal, se responde.

Desde mi primera juventud, que ya va quedando lejana, no me he fiado más que de la cara de las personas, en la cual se lee la intimidad, la figura interior, el proyecto vital que las constituye. Un pobre «racionalismo» nos hace desatender lo que dice la cara -como la voz, el gesto, la manera de mirar o no mirar-, en lugar de interpretar con la razón lo que todo eso significa, anuncia, promete. Sólo esto explica que, en tantas ocasiones, se impongan en los países hombres de alma fea, cuyo triunfo, después, asombra. O bien hombres cuya mediocridad es patente, incapaces de provocar el menor entusiasmo, de movilizar creadoramente a los demás para hacer juntos algo interesante.

Estoy asistiendo, con preocupación, a comentarios, cábalas, sondeos y profecías. Se barajan números, se acumulan nombres, se recuentan recursos que se van a «aportar» a las coaliciones, como a una sociedad mercantil. A lo sumo, aparece de vez en cuando el temor, que se trata de disipar aguando todo programa inquietante o anestesiando al elector diciéndole; que eso no va a llegar muy pronto. A casi nadie parece interesarle que lo que se ofrece sea atractivo, inteligente, realizable. Si alguien pusiera bajo nuestro mapa un imán, se vería cómo las limaduras darían una respuesta férrea.